

La casa cambiante

Se sintió incómodo nada más despertarse. Miró a su alrededor con los ojos aún nublados por el sueño y la habitación le resultó a la vez extraña y familiar, aunque no supo decir por qué.

Los muebles no tenían nada de especial: una mesilla de noche a su derecha sobre la que descansaba una lámpara con la pantalla roja, una cómoda de cajones contra la pared del fondo y un armario no muy grande al otro lado. No había adornos ni objetos que delataran un gusto personal. Por un momento pensó si no se trataría de la habitación de un hotel, un lugar donde se hubiera alojado antes y de ahí la sensación de vaga familiaridad.

Se levantó despacio, como poniendo a prueba cada uno de sus miembros antes de erguirse completamente y dar unos pasos alejándose de la cama.

Entonces intentó recordar quién era y dónde se encontraba. Pero no lo consiguió.

Estaba ya vestido, con un pantalón azul oscuro y una camisa blanca, por lo que dedujo que debía haber venido de alguna parte y se había quedado dormido sobre la cama sin tiempo para cambiarse.

Vio una puerta en la pared entre el armario y la esquina y la abrió sin saber lo que iba a encontrar. Y al punto se dio cuenta de que no se trataba de la habitación de un hotel sino de una habitación parte de un piso: la puerta daba a un pasillo estrecho y, colgados en la pared de enfrente, había dos reproducciones de grabados antiguos; más allá, otras puertas.

Salió finalmente del dormitorio y, eligiendo una de las puertas al azar, descubrió un salón, un lugar con aspecto acogedor, amueblado con un gran sofá de color marrón y una mesa alargada sobre la que había un ordenador portátil al lado de una pila de libros y papeles. Entonces se sentó junto a la mesa haciendo un esfuerzo por reconocer aquellos objetos como suyos. Porque, a fin de cuentas, ¿no era lo más lógico que esta fuera su casa y los libros y el portátil suyos? Pero, por más que lo intentaba, no lo recordaba.

Sintiendo que no sabía por dónde empezar para tratar de reconstruir su vida y despertar sus recuerdos, decidió recorrer el resto del piso con la esperanza de encontrar algún detalle que activara su memoria.

Visitó el cuarto de baño, pequeño pero limpio y con apariencia de nuevo, la cocina, moderna y funcional, un trastero... Algunas cosas se le antojaron más familiares que otras pero no sabía decir si era pura sugestión o de verdad las reconocía. Sin embargo, no le dio importancia. Lo que fuera que le había ocurrido no parecía serio, se encontraba bien físicamente y seguro que pronto todo sería completamente normal.

Regresó al salón que parecía servir también de estudio y encendió el portátil. La pantalla le recordó el último documento que había escrito. El documento en sí no tenía nombre, pero en la página abierta había unas frases escritas:

“La casa quiere acabar conmigo. Debo tener cuidado. Es malvada.”

Se quedó mirándolas en completo estupor.

Miró la fecha del documento: hacía solo dos días. Pero no podía recordar haberlo escrito. Debía tratarse del comienzo de una historia de ficción, de la que tal vez era autor. Pero, qué idea tan extraña. ¿De dónde se le había ocurrido? Asumiendo que todo esto era suyo y no de otra persona...

Buscó otros documentos en el portátil tratando de hallar una pista que le descubriera el origen y la razón por la que había escrito esas frases pero no encontró nada. Los demás documentos estaban en blanco.

Abandonó la mesa y se sentó en el sofá. Habían sido demasiadas sorpresas desde que se había despertado tan solo unas horas antes. Se sentía agotado, sin ganas de seguir haciéndose preguntas. Todo tenía una explicación, se decía. Era cuestión de tiempo.

Al poco rato se dio cuenta de que no había desayunado. Su anterior visita a la cocina le había confirmado que alguien -¿él mismo, quizá?- se había preocupado de hacer la compra y había una generosa cantidad de provisiones. Se preparó un bocadillo y descubrió con agrado una espléndida cafetera que en unos segundos le proporcionó una humeante taza de café.

Poco a poco iba ganando confianza. El bocadillo y el café le llenaron de algo parecido al optimismo. No tenía más que dejarse llevar y los recuerdos vendrían. En ningún momento se planteó la idea de contactar con alguien: un amigo, un colega, un familiar -¿tenía acaso hermanos, padres...? Cualquier persona que pudiera resolverle todas esas preguntas que apenas se atrevía a hacerse.

Cuando terminó de comer y apuró las últimas gotas del café decidió volver al salón-estudio a revisar los libros y papeles sobre la mesa que tal vez le ofrecieran una idea sobre su identidad y su presencia en ese lugar.

La cocina se encontraba al fondo de un pasillo y de ahí se dirigió a la puerta que, según recordaba, se abría al salón.

Pero la puerta no estaba.

Qué raro, se dijo. Habría jurado que al salir del salón apenas una hora antes había tomado el pasillo a la izquierda para llegar hasta la cocina. Sin embargo, ahora el pasillo parecía más largo y doblaba a la derecha donde se abrían dos puertas, una a cada lado.

Abrió la puerta de la izquierda y allí estaba el salón, con el mismo sofá y la misma mesa de antes aunque estaba seguro de que la posición de ambos había cambiado, como si ahora los estuviera viendo reflejados en un espejo.

Volvió a sentarse ante la mesa sobre la que aún descansaban el portátil abierto, los papeles y los libros sintiéndose cada vez más confundido y sin saber cómo afrontar la situación.

Concéntrate, se decía, debe haber algo que te identifique, que te de una pista de dónde estás y qué es lo que estás haciendo aquí. Solo tienes que concentrarte. Busca, busca...

Pasó bastante tiempo enfrascado en documentos y papeles y en páginas de Internet y, aunque su memoria aún no le había dado una respuesta definitiva, tenía algunos datos que le parecieron significativos. Unos textos firmados por un tal Tom Bright le resultaban familiares, como si pudiera reconocer el estilo y el contenido. Algunos eran artículos periodísticos sobre temas variados, otros eran cartas de distinto contenido, de empresas para las que Tom Bright había trabajado. Incluso dio con una dirección de email bajo el mismo nombre y, a pesar de que no reconocía inmediatamente a aquellas personas con las que

supuestamente había contactado, poco a poco se iban volviendo reales, como si estuviera abriendo un rincón de su mente en el que estuvieran guardadas. O quizá simplemente era lo que deseaba: convencerse a sí mismo de que había encontrado la solución a su problema.

Muy bien, Tom Bright, se dijo, tarde o temprano sabrás de qué se trata todo esto.

Pasó otra hora entretenido leyendo los artículos que supuestamente había escrito y habían aparecido en un periódico o revista. Luego decidió que ya había tenido bastante. Dejó el salón con la intención de ir al dormitorio y explorar allí sus pertenencias. Una cartera o papeles en el bolsillo de una chaqueta colgada en el armario podrían también contribuir a devolverle sus recuerdos. Se regañó a sí mismo por no haberlo pensado antes.

Caminó por el pasillo y de nuevo se sintió perdido. Según recordaba el dormitorio debía estar ahí, un poco más adelante al otro lado. Pero ahora la puerta había desaparecido.

¿Cómo era posible? Una cosa era que hubiera perdido la memoria y otra que la casa estuviera gastándole trucos para confundirle. Pero era una idea absurda, una idea fruto de una mente perturbada. Entonces recordó las frases que había visto escritas en el ordenador. ¿Era ese su problema, que se estaba volviendo loco? Porque otra posibilidad era que la casa estuviera encantada. Y aunque nunca había creído en fantasmas ni en apariciones sobrenaturales – tampoco era aficionado al cine de terror- había quienes daban testimonio de casos más o menos verídicos de sucesos extraños e inexplicables en una casa y no solo en una casa antigua y de apariencia siniestra, sino también en una casa corriente.

Con una desazón que iba en aumento, dio unos pasos y abrió otra puerta a la derecha.

Ahí estaba: el dormitorio.

Suspiró de alivio. Todo eran tonterías, se dijo, simplemente se le olvidaban las cosas.

Pero al entrar en la habitación inmediatamente notó algo que no recordaba de antes: una maleta en el suelo, a los pies de la cama. Y la cama estaba perfectamente en orden, como si nadie la hubiera usado o alguien la

hubiera vuelto a hacer cuidadosamente, estirando la colcha y mullendo las almohadas y cojines.

Pero él no había hecho la cama.

¿Había alguien más en la casa? Eso no se le había ocurrido.

Salió del dormitorio lleno de aprensión y corrió por ese pasillo que ahora se había transformado en un confuso laberinto que le desorientaba más y más. Abrió una puerta tras otra y escudriñó el cuarto de baño, la cocina, el salón, el trastero... Pronto tuvo que aceptar que no había nadie. O al menos nadie que él pudiera ver, se dijo. Agitó la cabeza como quien quiere deshacerse de un mal sueño, volvió al salón y respiró con alivio al ver que aparentemente allí nada había cambiado.

Intentando pensar de una forma racional y repitiéndose que no se estaba volviendo loco, se sentó una vez más al ordenador. Y ahí estaba de nuevo el texto: “la casa quiere acabar conmigo”.

¿Había experimentado los mismos fenómenos antes y por eso había escrito esas palabras?

La casa. Había algo extraño sobre la casa y no era solo su memoria. Él mismo había visto con sus propios ojos que las habitaciones parecían cambiar de lugar y que algunas cosas aparecían donde antes no estaban. Y no tenía una explicación para ello. Además no eran tan solo las peculiares transformaciones físicas de las puertas o las habitaciones. El texto “Debo tener cuidado” sugería una especie de advertencia. Pero aquello iba más allá de lo que una mente racional podía concebir. Si no creía en fantasmas ni en historias de casas encantadas, mucho menos en que un espacio físico pudiera tener cualidades humanas, de maldad o amenaza.

Entonces ¿qué era lo que estaba pasando allí? ¿Cómo explicar lo que había vivido desde que se había levantado esa misma mañana con la certeza de haber perdido la memoria? Las horas habían pasado y cada vez estaba más desconcertado.

Haciendo un esfuerzo por tranquilizarse volvió a recordar cada uno de los momentos que había vivido y los lugares de la casa en los que había estado: la cama, el dormitorio y luego las demás habitaciones. Hasta entonces todo parecía normal. Si el piso era o había sido su hogar no sabía decirlo.

Decidió volver a la cocina, quizá guiado por una sensación de hambre. Hacía horas que el café y el bocadillo habían pasado a ser un lejano recuerdo. Y ya en el pasillo de nuevo se vio invadido por la angustia: el suelo parecía ahora estar inclinado hacia un lado, de manera que tuvo que caminar apoyándose en una de las paredes como quien camina en el interior de un barco que navega en un mar picado.

Aquello era el colmo. Y ¿dónde estaba la cocina?

Bañado en sudor y temblando consiguió llegar hasta una de las puertas, la de la derecha: era el cuarto de baño. Con un supremo esfuerzo dio unos cuantos pasos más y finalmente descubrió lo que buscaba. Además, la cocina parecía estar tal y como la recordaba.

Entró y cerró la puerta de golpe.

Tardó un buen rato en tranquilizarse antes de ser capaz de abrir la nevera y sacar una cerveza. Luego, partió pan y unas lonchas de jamón y comió con ansia como si confiara en que la comida le devolviera a la normalidad.

No tenía ni idea de lo que iba a hacer a continuación. De momento la cocina se le antojaba un refugio seguro y le aterrizzaba pensar en salir otra vez al pasillo sin saber lo que iba a encontrar. Cualquier intento de razonar lógicamente sobre lo que estaba sucediendo era imposible. Y no podía dejar de acordarse del mensaje de advertencia.

Entonces se le ocurrió algo y se preguntó cómo es que no lo había pensado antes. Tomó un papel en blanco y dibujó el pasillo y la situación de las puertas y las distintas habitaciones tal y como las había visto hacía tan solo un momento. Eso le daría la oportunidad de comprobar exactamente lo que sus ojos veían sin tener que acudir a esos borrosos recuerdos que parecían traicionarle una y otra vez.

Con el papel en la mano salió de la cocina. El suelo parecía haber recobrado su posición habitual. Tal vez todo se debía a algún problema en su cerebro que le distorsionaba lo que veía. Tal vez era una especie de vértigo...

Dedicó su atención a lo que había dibujado en el papel y siguió adelante abriendo una puerta tras otra. Y ahora, por fin, pudo reconocer que no eran impresiones suyas. Las habitaciones habían cambiado de sitio: el salón que

antes aparecía a la derecha estaba a la izquierda y el pasillo hacía un recodo donde antes era recto.

Con una sensación de triunfo y ahora con el estómago lleno volvió al salón. No eran alucinaciones. No era su cerebro trastornado. La casa cambiaba como si tuviera vida propia o como si una fuerza misteriosa se hubiera apoderado de ella.

La única solución que veía era marcharse de allí. Ya recobraría la memoria en otra parte. Pero de pronto se dio cuenta de un detalle en el que no había reparado antes: el piso no tenía ventanas ni una puerta que diera al exterior, a una calle, a un jardín o a una escalera que condujera a una planta inferior.

Estaba prisionero, a merced de lo que la casa pudiera hacerle.

Se derrumbó sobre el sofá incapaz de ver la manera de escapar de su situación y, quizá por agotamiento, quizá por la comida y la cerveza, se quedó dormido.

Cuando despertó nada había cambiado. Por un instante creyó que el sueño podía haberle devuelto la memoria, pero no ocurrió así. Solo recordaba algo que había soñado. Qué extraño, pensó, recordaba un sueño y no recordaba quién era ni dónde estaba. Las imágenes que había visto mientras dormía permanecían con él y no tenían mucho sentido: se había convertido en un hombre con una fuerza enorme y podía desintegrar cualquier material sólido con sus manos.

Tonterías, se dijo, más vale que pienses en cómo salir de aquí.

Pero, todavía influido por su curioso sueño comenzó a dar puñetazos a las paredes de la habitación, aunque lo único que consiguió fue que le dolieran los nudillos. Entonces decidió que tenía que salir otra vez al pasillo y explorar minuciosamente cada una de las otras habitaciones por si descubría algo que antes le hubiera pasado inadvertido: otra puerta tras un armario, una trampilla... Pero antes de salir del salón vaciló ¿Qué podía pasar ahora? ¿Se atrevía?

Puso la mano en el picaporte y tiró hacia adentro lentamente hasta que la puerta quedó abierta.

Afuera no había nada. El pasillo había desaparecido.

Manuel llevaba días invadido por una sensación de frustración. No era que no le gustara su trabajo, pero parecía que recientemente la inspiración le había abandonado y cualquier cosa que hacía le dejaba insatisfecho. Para colmo su jefe le apremiaba y él se sentía impotente, sin saber qué más excusas dar por el retraso.

Sentado ante el ordenador pero con la mirada ausente recordaba cómo había disfrutado dedicándose a lo que le apasionaba. Primero habían sido esos dibujos a lápiz, esos bocetos que querían convertirse en algo más y que habían ido perfeccionándose con los años. Luego vino el tiempo en la universidad donde descubrió los secretos del diseño y la animación. Fue entonces cuando decidió lo que sería su futuro. Y trabajar para una empresa de prestigio creando cortos de dibujos animados había colmado todos sus deseos. Además, sus diseños habían sido siempre bien recibidos: originales y creativos, le decían. Llenos de vida, había sido otro de los comentarios.

Sin embargo, el éxito de uno de sus personajes le había obligado a repetirlo hasta el aburrimiento. Y anhelaba algo nuevo. Pero la empresa quería más. Sus fans querían más.

Por eso estaba allí, intentando crear una nueva historieta de Tom Bright, un ridículo jovencuelo que se veía envuelto en toda clase de aventuras de las que siempre salía airoso, porque para eso contaba con una fuerza sobrehumana y una inteligencia superdotada. Pero a él ya le resultaba todo monótono y estúpido y era incapaz de producir nada que considerara decente. Había diseñado la casa donde vivía el héroe, donde transcurriría su nueva aventura, pero había borrado y vuelto a diseñar cada viñeta, cambiando y transformando a la espera de encontrar un argumento para su próxima historia. Pero la historia seguía sin aparecer.

Estoy harto, pensó. No más superhéroes. Me marchó.

Pulsó la tecla de borrar y todo desapareció de la pantalla.

